

Verdadero Pentecostalismo

Joseph P. Braswell
Junio 2000

Pentecostés es simplemente otro nombre para el día santo del Antiguo Testamento conocido como “la Fiesta de las Semanas.” La Fiesta de las Semanas, una de las tres fiestas anuales señaladas en la ley de Moisés para que Israel la observara en la Tierra, era una santa convocación de todo el pueblo en Jerusalén cada primavera para una celebración de la cosecha (*Lev. 23:15-22; Deut. 16:9-12*). El término “Pentecostés” se refiere al hecho de que este era el día quincuagésimo (número cincuenta) después de la ofrenda mecida de una gavilla de grano, significando los primeros frutos de la cosecha de primavera. La ofrenda de los primeros frutos se hacía cuando Israel iniciaba el proceso de recoger la cosecha metiendo primero la hoz en el grano, y siete semanas después era la Fiesta de las Semanas o Pentecostés.

Es interesante que la ofrenda de los primeros frutos ocurría a la mitad de la Fiesta de los Panes sin Levadura, que duraba siete días y que comenzaba con la Pascua. Israel había de ofrecer los primeros frutos mientras todavía participaba del pan de aflicción y del apuro, el pan con el que recuerda su esclavitud en Egipto y su redención (*Deut. 16:3*). Al tercer día, mientras todavía miraba hacia atrás y todavía participaba de las provisiones de su viaje de salida de la esclavitud (las raciones de una vida nómada en el camino), comienza a mirar hacia adelante en anticipación de una nueva vida, el cosechar las bendiciones de la Tierra a la que Dios le estaba trayendo. El haber sido conducido a esta Tierra involucra la cosecha inmediata de una recompensa dada misericordiosamente; no hay siembra, solamente una cosecha que se hace con una constante conciencia de su estancia en Egipto y su liberación de la servidumbre por parte de Dios. Aunque Israel debe salir y trabajar en los campos, los campos ya están blancos para la cosecha. Dios da el crecimiento y provee los campos fructíferos para el pan leudado de la existencia estable y en reposo. Israel cosecha lo que no sembró, siendo bendecido por Dios y no por su propia mano.

Hemos de conectar de este modo este festival de la cosecha con el gran evento del éxodo. Celebra la meta del éxodo – la entrada de Israel en la Tierra Prometida, una tierra de leche y miel. Un Israel pactalmente fiel en Canaán, como el pueblo escogido de Dios, disfrutaría de abundantes cosechas, recogiendo las ricas bendiciones de las misericordiosas provisiones de Dios de vida abundante, siendo alimentado y satisfecho, sin que le falte nada (*Deut. 8:6-18*). Las copiosas cosechas eran señales de la bendición de Israel, signos del favor y la beneficencia de Dios, señales de la fidelidad pactal de Dios al cuidar y proveer para Su pueblo. Eran un fruto de la vida en pacto. Los primeros frutos de la cosecha, anticipando con fe y esperanza la plenitud que seguiría, eran consagrados como santos para Dios como una ofrenda de gratitud que celebraba esta bendición, este disfrute del resultado final de la Pascua/éxodo que los trajo a la Tierra y que les hizo entrar en la bendición de pacto, cumpliendo de este modo la redención de Egipto. Los primeros frutos era una celebración de esperanza. Los siete sietes (siete semanas) entre los primeros frutos y Pentecostés tenían significado escatológico, señalando a la plenitud del reposo y el deleite, el Sabbath de los Sabbaths o Jubileo.

Claramente, el Día de Pentecostés en el año 30 D.C., cincuenta días después del evento de la Pascua, debe entenderse como significando la cosecha escatológica. El llamado de Israel como el pueblo de Dios no era un fin en sí mismo, para el propósito únicamente de la bendición de Israel. Israel era una nación sierva, llamada a ser el instrumento por el cual Dios bendeciría a las naciones. La ley dada a Israel había de ser su sabiduría y su justicia ante las naciones (*Deut. 4:6-8*); Israel, como el Siervo de Yahvé, había de ser una luz en medio de las naciones, atrayendo a todos los pueblos para que viniesen a adorar al Dios verdadero – el Dios de Israel. La solemne asamblea de Israel cada año en Pentecostés era la reunión de este pueblo, siendo ellos mismos los primeros frutos de una cosecha aún mayor por parte de Dios. Después del éxodo que Jesús llevó a cabo en Jerusalén (*Luc. 9:31*) como el antitipo de la Pascua, se reúne una cosecha de los primeros frutos del evangelio, representando, anticipando y comenzando la plenitud de la cosecha escatológica que ha de recogerse desde las partes más remotas de la tierra. En esta cosecha de los primeros frutos, la diáspora Judía es la primera en ser reunida y añadida al Israel restaurado escatológico de Dios, pero son reunidos en la comunidad del Nuevo Pacto como signos de una cosecha que ha de incluir también a las naciones en su alcance. El Israel restaurado – la asamblea de Pentecostés – ha de publicar las buenas nuevas desde Sion hasta los confines de la tierra, anunciando el reino establecido de Dios.

La tradición Judía asociaba Pentecostés con la entrega de la ley en el Sinaí. Por tanto, Pentecostés en el Judaísmo era el día de la asamblea, la fiesta que significaba el día de santa convocación cuando Dios estableció Su pacto y constituyó a Israel como la santa nación sacerdotal. El registro de Lucas en Hechos tiene esto claramente en mente, y de ese modo, espera que entendamos la *ekklesia* en términos de la tipología del Sinaí, el antitipo del cumplimiento del evento del Sinaí. En los últimos días las naciones vendrían al Monte de Sion; la ley saldría de Sion (*Is. 2:2-4*). Esta torah-Sion y asamblea-Sion era el cumplimiento de la misión de Israel como el pueblo de Dios, promulgando la bendición de las naciones y una cosecha mundial. El significado teológico del Día de Pentecostés en los Hechos es que esta reunión es un anuncio de que la cosecha escatológica de las naciones ha comenzado. Aquel que bautiza con el Espíritu ha reunido el trigo en Su granero (*Mat. 3:11-12*).

En Hechos el derramamiento del Espíritu ha de entenderse como el antitipo escatológico de la entrega de la ley en un acto Novotestamentario de Dios – la entrega de la torah-Sion al Israel del Nuevo Pacto. Debido a los pecados del Israel quebrantador del pacto que contaminaban la tierra, solo cuando el Espíritu fuese derramado desde lo alto como la lluvia tardía desde el cielo, la tierra produciría su fruto de bendición pactal (*Is. 32:13-18, 45:8; Joel 2:18-29; 3:18*), otorgando las misericordias seguras de David (*Is. 55*) que levantaría el tabernáculo caído de David (*Am. 9:11-15*) y exaltar así a Sion (*Is. 2:2-4*). El Espíritu puesto en los corazones del pueblo es una bendición del Nuevo Pacto, la circuncisión de los corazones del pueblo por parte de Dios y la escritura de Su ley en sus corazones (*Ez. 11:19-20; 36:26-27; Deut. 30:6; Jer. 31:31-34; 33:37-42*).

Somos un pueblo Pentecostal. Ser investido con el Espíritu de Dios es ser transformado en un pueblo obediente. Los requerimientos justos de la ley han de ser cumplidos en nosotros por el Espíritu (*Rom. 8:4*), haciéndonos hacedores de la ley y no (como lo fue el Israel del Antiguo Pacto) solamente oidores. Además, Pentecostés es poder de lo alto que nos equipa para ser testigos efectivos. Somos capacitados por el Espíritu para la misión

exitosa, capacitados para recoger la plenitud de la cosecha, y somos enviados para traer las gavillas. El tiempo de Pentecostés es un tiempo de crecimiento y madurez, un tiempo en el que nos comprometemos nuevamente con lo que significa para nosotros ser un pueblo del Espíritu, un tiempo para ir en pos de la santificación (y así, una vida teonómica) y para involucrarnos en la misión del reino – el discipulado de las naciones.

El difunto Joseph P. Braswell recibió su bachillerato y su licenciatura en filosofía en la Universidad del Sur de la Florida, pero su verdadero interés estaba en la teología y los estudios Bíblicos. Publicó muchos artículos en varias revistas (incluyendo el Diario Teológico Westminster, el Diario de la Reconstrucción Cristiana y el Reporte Calcedonia).